



Un escenario fronterizo entre el París histórico y la moderna ciudad: la columna coronada por el "Genio de la República" y la fría rotonda de la Ópera.

PARIS-LA BASTILLA

Geografía de la frontera

TEXTO Y FOTOS: Rafael Chirbes

A espaldas de la plaza de la Bastilla, donde un día se levantó la **odiada cárcel** de Estado, se extiende el Faubourg Saint-Antoine, un viejo **barrio artesano**, que se ha convertido, de repente, en uno de los lugares de **moda** en París. La nueva Ópera lo ha transformado.

En el extremo occidental de lo que hoy es la Plaza de la Bastilla, terminaba la ciudad de París. Allí se abría una de las puertas de la extensa muralla y, frente a ella, se levantaba una fortaleza odiada, ya que durante muchos años se utilizó como prisión para castigar los supuestos delitos contra el Estado, o sea, lo que hoy llamaríamos los delitos políticos. Era una fortaleza sombría, no sólo por su significado en el imaginario de la gente, sino también por su aspecto: los grabados de la época la representan pesada, maciza, un mazaote de piedra. Sus cel-

das, según los testimonios de quienes las visitaron (Voltaire y el Marqués de Sade fueron algunos de sus huéspedes), eran húmedas y heladas y, a veces, las crecidas del Sena las inundaban. Por cierto, que, ya que estamos en clave literaria, digamos que, durante la época de dominación inglesa, la fortaleza estuvo comandada por cierto John Folfstoff, que serviría de modelo al vividor y viejo Falstaff de las tragedias de Shakespeare.

Su toma por el pueblo marcó uno de los momentos álgidos de la Revolución Francesa y se convirtió en todo un símbolo para la construcción del nuevo Esta-



do, un símbolo al parecer un tanto artificioso -suele suceder- ya que, cuando los revolucionarios entraron en su interior, sólo se encontraron con siete desgraciados entre aquellas inmensas paredes. La Bastilla ya había dejado de ser una gran prisión para quedar reducida a una metáfora, detalle que fue muy bien visto por cierto señor Paloy, un avisado comerciante del nuevo régimen que se quedó con la contrata de su demolición y se hizo multimillonario explotando la feliz idea de enviar a todas las comunas revolucionarias del país las piedras del edificio convertidas en reliquias. Tallaba las piedras,

El espacio humano cercano a la plaza de la Bastilla constituye un ámbito del mestizaje cultural y social que caracteriza al moderno París.



dándoles la forma de pequeñas Bastillas, y se las vendía a los patriotas que las adquirían convencidos de que, con ese gesto, confirmaban su ardor republicano.

Demolida la fortaleza, el lugar que ocupaba se convirtió en un enorme descampado a las afueras de París: justo ante la puerta de Saint-Antoine, así llamada porque, entre las cercanas huertas, se levantaba desde hacía quinientos años un convento que llevaba ese nombre. Dentro de la muralla, se extendía un barrio que fue, siglos atrás, elegante, y que hoy- cuando ya han desaparecido los muros- ha vuelto a ponerse de moda y se ha convertido en el barrio de los homosexuales parisinos de cierto poder adquisitivo: el Marais, la Place des Vosges. Mientras que, en el exterior, entre las huertas, que ocupaban los caminos que iban a Vincennes, o a Charenton, poco a poco iban levantándose corrales, almacenes y naves, que, en buena parte, servían como almacenes para la madera que la ciudad usaba en sus construcciones y también para calefacción. Los cargamentos de madera llegaban arrastrados por las aguas del Sena y se depositaban en los cercanos muelles, a las puertas de la ciudad.

Seguramente, ésa ha sido la razón por



Un lugar fronterizo entre distintas geografías urbanas.



Pequeñas construcciones adosadas, patios y pasajes que se comunican entre sí, formando laberintos.

una geografía de pequeñas construcciones adosadas, patios y pasajes que, con frecuencia, se comunican entre sí, y que acaban formando verdaderos laberintos. Ese es quizá el rasgo más original de la personalidad del barrio que se extiende entre la plaza de la Bastilla y el boulevard Ledru-Rollin.

Sus industriosas actividades le han concedido una enorme animación a la zona, que, además, se ha caracterizado por ser un lugar fronterizo, de comunicación entre distintas geografías urbanas, lo que es lo mismo que decir entre distintas clases sociales. En la plaza de la Bastilla ha convivido el público elegante que visita la brasserie Boffinguer, junto con las multitudes de trabajadores que invaden tradicionalmente sus cafés y bares. El eje norte-sur que une Bastilla, République y Nation ha sido el escenario elegido durante muchos años para las grandes manifestaciones obreras, seguramente por hallarse en esa frontera entre la ciudad de París y las poblaciones fabriles del Este.

El carácter de símbolo popular y republicano de este espacio, siempre desabrido y demasiado extenso para ser armónico, fue percibido prácticamente por todos los gobiernos franceses, que, desde la demolición de la Bastilla, pensaron en erigir en el solar que había quedado libre algún símbolo patriótico. Napoleón puso en su centro una fuente con reminiscencias de la Roma de Bernini, y, por lo que los grabados muestran, bastante fea, ya que

gable, se convierte en subterráneo durante buena parte de su trayecto y atraviesa el subsuelo de la Bastilla. Fue creado para desviar fuera de la ciudad buena parte del tráfico fluvial de mercancías del río. Vuelve a salir a la luz en los alrededores de la Plaza de la República, y en ese lugar puede contemplarse el sorprendente espectáculo de ver salir del subsuelo las chatas gabarras que superan los diferentes niveles del curso de agua mediante un ingenioso sistema de compuertas.

Cuando, en 1981, Mitterrand tomó el poder quiso mostrar el talante social de su primer gobierno imaginando una serie de grandiosos proyectos destinados a cambiar numerosos lugares de París. Se leyó como especialmente significativa su idea de crear una nueva ópera popular, que rompiera con la pompa y el exclusivismo del edificio que Garnier erigió el pasado siglo en los grandes bulevares. Y fue este simbólico espacio de la Bastilla el elegido. Hoy, en uno de los lugares de la plaza, se levanta el inmenso edificio construido por Carlos Ott. El enorme arco de granito negro por el que accede el público al interior del teatro, y la escalinata que lo precede, mirando hacia la columna del Genio de la República, refuerzan aún más el carácter simbólico no sólo de la obra, sino también de la plaza como lugar de cita de las multitudes.

La sala de conciertos alberga casi tres mil plazas y todo en ella está a la vista, poniendo la ceremonia de la ópera en el



CAVAS: LES TARUMBES, S/N

TEL: 93 898 81 32

FAX: 93 898 86 71

08733-EL PLA DEL PENEDÈS

(BARCELONA)



se trataba de un enorme elefante de catorce metros que arrojaba agua por la trompa. Victor Hugo la describió, y situó en su interior un pasaje de Los Miserables, una novela tan cargada de republicanismo como el propio espacio de la plaza. No fue demasiado apreciada la construcción, que se sustituyó finalmente por la actual columna, culminada por un dorado y reluciente "Genio de la República", un ser alado, un ángel entre optimista y furioso, con el que se quiso homenajear la frustrada revolución de julio 1830. De hecho, el monumento recibe el nombre de Columna de Julio en memoria de los acontecimientos de aquellos días. Su imagen se ha convertido en una de las más características de París.

Al mediodía la enorme plaza no se cierra con edificaciones, ya que sus límites coinciden con el inicio del canal de Saint-Martin que, partiendo del Sena, llega hasta la lejana Villette, al norte de París, donde estaban los mataderos y hoy se ha construido uno de los más aparatosos complejos de ocio de la ciudad. El canal, que es nave-

espacio de lo público, por oposición a la exclusividad de los palcos del antiguo edificio, lugares secretos desde donde los poderosos podían contemplar y oír los espectáculos manteniéndose alejados de la vista de los demás, si así lo deseaban. En general, los técnicos aprecian la acústica del edificio, pero no así su estética, ni el impacto que ha marcado sobre la siempre inarmónica plaza. Algunos hablan de que habría que haber aprovechado esa construcción para remodelar el conjunto.

El hecho es que la presencia de la nueva Ópera ha vuelto a transformar el juego de equilibrios del barrio, que, desde sus orígenes, tuvo un carácter integrador, ya que recogió emigrantes de diferentes zonas de Francia, que acompañaban los troncos de los árboles en su recorrido. El Faubourg Saint-Antoine, que siempre se definió como un barrio mestizo en el que convivían artesanos emigrantes llegados de distintas regiones de Francia, ha visto acrecentarse ese mestizaje quizá aún a mayor velocidad que el resto de la ciudad.

Todavía se advierten en el laberinto de patios y pasadizos próximos al bulevar Ledru-Rollin las huellas del antiguo barrio de artesanos que fue.



la que los alrededores de la Bastilla, el barrio que se conoce como del Faubourg Saint-Antoine, y que es el que se extiende al este de la actual plaza, además de albergar a gente relacionada con la construcción y con el negocio de la distribución de leña, se convirtiera en el barrio de los artesanos del mueble de París, que empezaría a poblarlo desde muy pronto aprovechando la facilidad de materia prima que les ofrecía la zona. A ambos lados de la calle principal, que es la que continuaba fuera de la muralla el trazado este-oeste de la ciudad (ese eje paralelo al Sena que llega hasta el Louvre, los Champs-Élysées, el Arco de Triunfo y, en la actualidad, el barrio de negocios de la Défense), fueron levantándose edificaciones que, ya en el siglo XIX, eran a la vez exposición, tienda, taller, almacén de materiales y vivienda.

La función inicial ha marcado un diseño arquitectónico muy característico, de modo que, tras las fachadas aparentemente ordenadas, y aún hoy repletas de escaparates de tiendas de muebles, se extiende



Las tiendas de muebles populares muestran sus enormes escaparates.

En estas calles podemos encontrar platos populares y exóticos.



Las tiendas de antigüedades más o menos chic, constituyen uno de los motivos principales del comercio del barrio.

Por lo que se refiere a los emigrantes extranjeros, que en principio fueron norteafricanos procedentes de Marruecos y Argelia, llegados durante los años setenta y ochenta, quizá el foco inicial de su presencia haya que situarlo, además de en los talleres artesanos, en el alegre y colorista mercado de la calle de Aligre, uno de los lugares más vivos de la zona.

Allí, además del mercado cubierto, que posee algunas charcuterías, camiserías y queserías verdaderamente soberbias, existe toda una red de tiendas de alimentación que se completan con multitud de bulliciosos puestos callejeros que exponen todo tipo de frutas y verduras, con cierto "penchant" por el Mediterráneo del sur, y que le hacen pensar al visitante en los mercados de Tánger o de Túnez, no sólo por los olores de cilantro y hierbabuena que lo asaltan a cada paso, sino también porque la mayoría de los vendedores y compradores proceden de esos países y voccean sus productos y hablan entre ellos en alguno de los dialectos árabes del norte de África.

Pero, en estos años del fin de siglo, ese estrato de mestizaje se corresponde ya con niveles que podíamos llamar arqueológicos, puesto que el barrio se ha enriquecido con una multitud de etnias durante el último decenio hasta convertirse en un auténtico atlas de geografía humana: res-

taurantes y tiendas take-away chinas y japonesas; auténticos locales mexicanos (no tex-mex) en los que uno puede tomarse unos chiles ennogados; australianos que sirven canguro; auténticos thai que traen todo el perfume de la lima, el coco y la malanga hasta el húmedo corazón de París; marroquíes que sirven jariras como las que puede preparar en su casa para cenar cualquier familia de Sefrou; españoles que ofrecen tapas de tortilla; italianos; y todo eso punteado por sólidos bistrotts tradicionales de innegable sabor local.

Las tiendas de muebles populares siguen mostrando sus enormes escaparates en los que se ofrecen objetos de uso que superan lo que cualquier decorador furioso pudiera imaginar y que recogen el gusto por el aparato de ciertos segmentos sociales franceses alejados de la grandeur, pero ebrios de sus efluvios, al mismo tiempo que la pasión por el dorado y la moldura que caracteriza a los pueblos islámicos que se han convertido en clientes habituales de los comercios del barrio. Y, sin embargo, las recientes obras ejecutadas en el distrito han empezado a alterar el ritmo con el que se sedimentaban las capas geológicas de la emigración. No nos referimos sólo a las obras de la Opera, también al jardín elevado que acaban de construir en lo alto del viaducto por el que discurría el ferrocarril (un jardín que flota entre teja-



Numerosos establecimientos de alimentación y bebidas salpican los alrededores del mercado de Aligre.

dos y balcones); o a las cercanas construcciones del ministerio de finanzas en Bercy, o al edificio que Frank Ghery ha construido para la Casa de América.

A pesar de la deslumbrante agitación que cada tarde se apodera de la plaza de la Bastilla, de las multitudes que abarrotan las terrazas de los cafés o las escalinatas de la Opera; del movimiento incesante de automóviles, de los grupos que salen del metro o se esperan junto a sus verjas, empieza a desvanecerse en el barrio ese toque a ratos alegremente popular, a ratos canalla, y no pocas veces sombrío, que lo caracterizó: hasta mediados del siglo XIX, bastantes años después de destruida la Bastilla, aún se guardaba a los condenados a muerte en la vecina prisión de la Roquette.

Ferré escribió una canción que se titula precisamente Paris canaille y que cantó, entre otros, Juliette-Greco. Habla esa canción de gigolos que desnudaban a las chicas en el metro de la Bastilla para emborracharse entre sus faldas. Sin duda, literatura de otro tiempo, cuando lo canalla era tan inocente como el bebé que solía traer aparejado.

Los recientes cambios en el Faubourg Saint-Antoine se advierten en que, de repente, uno se cruza con más gente elegante que la que recordaba años atrás, la última vez en que tomó un pastis ante una de las mesas del café que hace ángulo con la rue

de la Roquette. Ahora, junto a las tiendas de muebles, empiezan a abrirse otras de antigüedades, o de arte, o (la cercanía obliga) de música. Gaultier ha inaugurado ya una aparatosa tienda a tiro de piedra de la plaza. Los pasadizos que servían como almacenes de los pequeños talleres han empezado a ser ocupados por pintores, por diseñadores, por talleres de grabado, y el precio de locales y viviendas en la zona se ha disparado. El barrio, que arquitectónicamente nunca fue una belleza, está más cuidado. Uno puede deleitarse con un gran borgoña en los cuidadosos bar à vins abiertos en el vecindario, o tomar copas hasta las dos de la madrugada en cualquiera de los bien decorados locales que invaden la rue de Lappe y otras calles cercanas, rodeado por el público más a la última. Es así, ciertamente. También al barrio le han llegado los largos dedos de opulencia que estos últimos años acarician París, y que expulsan a los obreros a banlieues cada vez más lejanas; pero eso no quita para que la Bastilla empiece a parecerse un poco más a otros barrios de la ciudad y a otros barrios de otras ciudades, y esos hechos, para quien regresa después de cierto tiempo de ausencia, le ponen a la visión un poso de nostalgia y le roban otro poco más de interés a un mundo que empieza a ser demasiado igual a sí mismo. ■

Agenda

PASEAR POR EL FAUBOURG

Si, a poniente de la Bastilla, París muestra en seguida toda su grandeza monumental (el Marais, la Place des Vosges, la Iglesia de Saint Paul), el Faubourg Saint-Antoine no cuenta con notables edificios artísticos, pero, a cambio, ofrece una gran riqueza y variedad de construcciones de los siglos XVIII y XIX. Pero, aquí, lo que más cuenta es el ambiente, la vida de la calle, que se concentra especialmente en algunos lugares. Así, por las mañanas, vale la pena acercarse a los puestos callejeros del mercado cubierto de Beauveau, con buenas charcuterías y soberbias queserías (excelente La maison du fromage), que tiene su continuación en la calle Aligre, donde se multiplican las tiendas de alimentación, las panaderías (Le paineau naturel, Moisan), los bares en los que desayunar y tomar unas ostras frescas, y las tiendas de vino (Aux caves d'Aligre). Toda la zona se llena cada día de animados puestos callejeros.

COMER A LA FRANCESA

Hay buenas oportunidades para comer en el barrio, tanto cocina regional francesa como de otros países. Entre los que continúan la tradición francesa, los vecinos aprecian especialmente Les Amognes, en la rue du Faubourg Saint-Antoine, o Le Passage, un acogedor y casi secreto local en el Passage de la Bonne Graine, con

una cocina a la vez sólida y refinada y con excelente carta de vinos. En la brasserie L'Amado, de la rue du Faubourg Saint-Antoine, sirven una excelente cocina corsa. Buena cocina regional en La galoche d'Auriac, de la rue de la Lappe. A l'ami Pierre, en la rue de la Main d'Or, es un bistró con atención especial a los vinos y que ofrece cocina del sudoeste. Chez Paul, un sitio muy popular y siempre repleto, situado en la rue Charonne. Le Bar à huîtres, que, como su nombre indica, sirve bandejas de mariscos, está en el boulevard Beaumarchais. A la biche aux bois es un animado y sólido bistró especializado en platos de caza, y que se encuentra en el boulevard Ledru-Rollin. También es popular el ruidoso Le petit Kéllér, en la rue Kéllér.

Del otro lado de la plaza, en dirección al centro de



París, se encuentra Bofinguer, una histórica brasserie de soberbio decorado de principios de siglo, y que sirve buenas choucroutes, mariscos, foie gras y platos sólidos de charcutería. En la cercana rue d'Amélot, Au C'Amélot, de reducidas dimensiones y siempre repleto, ofrece un menú único que el propietario presenta en una pizarra, y sirve vinos a precios moderados.

BUENAS COCINAS DE FUERA

El barrio se ha animado recientemente con la presencia de numerosos restaurantes que ofrecen cocina de otros continentes. Hoy en día, pasear por la rue de la Roquette y contemplar la enorme cantidad de reclamos de comedores escritos en caracteres árabes, chinos, japoneses o thai, produce la excitante sensación de un viaje alrededor de un mundo de bolsillo. Algunos de estos restaurantes, como el Blue Elephant, de cocina thai, son verdaderamente soberbios: se trata de un local elegante, un frondoso jardín cruzado por canales, en el que se puede degustar la cocina de Tailandia elaborada con productos frescos como en los mejores restaurantes de ese país. También es excelente el Mansouria, que ofrece platos marroquíes en el boulevard Faidherbe: está cuidadosamente decorado con tonos postmodernos y, sin embargo, sirve una cocina profundamente autóctona. Lo mismo le ocurre -y por lo que se refiere a las especialidades mexicanas- al Guelito Lindo de la rue Charonne. En la misma calle, el Paris-Hanoi ofrece auténtica comida vietnamita a un precio muy asequible. Y Diyar hace lo propio con la cocina kurda.

AMANTES DEL VINO

Además de la tienda que hay junto al marché d'Aligre, que ya hemos citado, y de algunos restaurantes que aparecen en esta agenda que cuidan sus cartas, para los amantes del vino resulta imprescindible visitar Le caprice de l'instant, en la rue Jacques Coeur, una buena tienda de vinos. Le Passage es un bar de la rue Charonne, cuyo propietario, Gerard Pantanacce cuida delicadamente su carta de vinos en la que no faltan algunos de los grandes, y cocina tapas y platos sencillos para acompañarlos. Su pasión son los ródanos del norte, incluidos los hermitages y los châteauneufs.

VINOS, TAPAS Y COPAS

Pero son muchos los bares agradables que ofrecen vinos y tapas en la zona y que han venido a romper con esa tradición que aseguraba que los franceses sólo comían a sus horas y menús completos. Enumeraremos sólo algunos de estos bares de tapas y copas variadas, hoy tan de moda, y que reciben a la gente guapa de París hasta las fatídicas dos de la mañana en las que el alcalde exige el cierre: La fabrique, que elabora su propia cerveza, en la rue du Faubourg Saint-Antoine; Café de l'Industrie, Le What's Up Bar Le Lèche-Vin, La Tapa, Havanita Café (cubano), L'Armagnac, Le Café Charbon... Entre las discotecas propiamente dichas, Le Balajo, un viejo y soberbio local fundado en 1.936, La Casbah... y otras, que también -como casi todo en el barrio- están muy de moda.

